píritu, en verdad, está pronto: pero la carne enferma." Estas palabras contienen: Primero, una reprensión que frecuentemente hemos merecido nosotros. Nosotros con el mundo velamos con mucho gusto; pero con Jesús no podemos velar. Segundo, un precepto que nosotros hemos olvidado. Debemos velar sobre nuestro corazón, para observar el principio de la tentación, y orar para obtener la gracia de resistirla. Entonces la victoria no es difícil; pero si por falta de vigilancia y de oración entramos en tentación; si escuchamos los primeros pensamientos, en poco tiempo nos dejaremos ganar de ella. Tercero, una máxima que nosotros olvidamos frecuentemente, y cuyo olvido ha causado, mas de una vez, la ruina en nosotros. No nos fiemos de nosotros mismos; no nos apoyemos sobre las resoluciones de nuestro espíritu, creyéndonos fuertes, firmes é inmobles, nos exponemos temerariamente al peligro, y entonces esperimentamos que la carne es débil y flaca: grabemos en nuestros corazones estas palabras de nuestro dulcísimo Salvador.

18 DE OCTUBRE.

MEDITACION

SOBRE LA TRISTEZA DEL HIJO DE DIOS Y SUDOR DE SANGRE.

PUNTO 1º

Considera como Jesús se entristece, al acercarse la hora de su muerte. ¿Cuál es la causa? La vista de sus tormentos, de mis pecados, de mis ingratitudes, la vista de mis miserias. ¡Ay de mí! yo río de lo que le hace llorar. Me deleito de lo que causa mi miseria. Jesús tiene compasión de mí; yo no tengo compasión de Jesús. Jesús tiembla de espanto para mostrar que es hombre como yo, y que se ha despojado de su fortaleza para revestirse de mi debilidad; y que, dándome su valor, ha tomado mi timidez. Tiembla para alentarme, y cae para levantarme. ¡Qué bondad! ¡Qué amor! ¿Dónde se hallará un médico que tome la enfermedad del enfermo, y le dé su salud? Verdaderamente ha tomado nuestras dolencias, y sufrido nuestros dolores, y con sus llagas hemos sido curados. El de-

leite y el dolor son la causa de todos los pecados de los hombres; el deseo y el temor producen todas las pasiones, Jesús ha vencido á estos dos enemigos, y nos ha dado su fortaleza para que podamos también vencerlos nosotros. Jesús se ha abstenido de los deleites, y sufrido todos los dolores: ha renunciado todos los deseos de la naturaleza, y ha superado todos los temores; ha sudado sangre y ha peleado hasta la muerte. Levántate, pues, ¡Jesús mío! y bebe ese cáliz amargo, porque es grande el camino que te resta. Si no bebes este cáliz, se pierde la salvación de todo el mundo; porque la ira justísima del Padre, solamente con tu sangre podrá quedar aplacada. Se misericordioso con nosotros que somos tus hermanos. En tu mano está la muerte y vida de todos. Muere tú solo, ¡Jesús mío! para que no mueran tantos. Esto es lo que te conviene; esto es lo que manda tu Padre. Aquí empiezan á arder en el pecho de Jesucristo los combates más horribles, y á batallar entre sí y á despedazarse terriblemente los encontrados afectos del temor y del amor.

PUNTO 2º

Considera como la tristeza de Jesús, que hasta entonces había sido grande hasta la muerte, creció y se hizo vehementísima hasta la efusión de sangre, y puesto en agonía oraba más prolijamente, y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra. Mírale, pues, alma mía, todo bañado en sangre en aquel conflicto, que excita el temor de sus penas, el horror de tus pecados y el deseo de tu salvación. Considerando sobre sí todas nuestras maldades, concibió tan grande dolor, que hubiese muerto entonces sino hubiera hecho un milagro para conservar su vida. Milagros hace Jesús para padecer; mas no quiere hacerlos para eximirse de las penas: nosotros al contrario quisiéramos que Dios los hiciera cada momento para dispensarnos de los trabajos y de la muerte. ¡Oh Salvador de mi alma! ¡cuán sangriento fué para vos este combate! Con la violencia de vuestra contrición habéis disipado la multitud de mis pecados que tenías delante de

vuestros ojos. Yo estaba con Judas en el huerto de Gethsemaní para prenderos; yo estaba en vuestro corazón para afligiros; yo estaba en los brazos de los sayones para azotaros. Mis pecados estaban en el mundo antes que yo, porque ellos os entregaron á los judíos, que después de haberos atormentado con tanta crueldad, os enclavaron en una cruz. ¡Oh Señor mío! ¡qué bellos ejemplos me dáis, pero nadie los quiere imitar! ¡qué bellas lecciones que nadie quiere aprender! ¡Os presentáis el primero en la lucha y nadie quiere seguiros! Vuestros discípulos os han abandonado cobardes: duermen mientras vos peleáis: os afligen en lugar de consolaros, y os entregan cuando deberían defenderos. ¡Qué confusión para mí! Jesús vence todos los terrores de la naturaleza, revestido como estaba de la debilidad de todos los hombres, pero yo me rindo estando sostenido por la fuerza de un Dios. Con mi timidéz se presenta Jesús, magnánimo en el combate; y yo con su valor me acobardo, y vuelvo la espalda al enemigo. ¡Oh sangre preciosa que bañas y riegas una

tierra ingrata! inflama mi corazón, ablanda mi alma, fortifica mi espíritu, alienta mi ánimo abatido; estoy resuelto á pelear y resistir á los movimientos rebeldes de la naturaleza, hasta derramar mi sangre: quiero triunfar de mi carne, y sujetarla á mi espíritu, aunque haya de sudar sangre. ¡Ah! todavía no he llegado á tanto: vos ¡Jesús mío! habéis bebido el cáliz de mis pecados, y así yo quiero también beber el cáliz de vuestras penas. Y ¿qué no queréis que beba el cáliz que mi Padre me da á beber? Yo beberé el cáliz de mi Salvador é invocaré el nombre del Señor.